

chinitas y la parte lateral por el rumbo del Sur estaba ro-
deada de poblaciones fuertes como Coyocán. Y cuales eran
los recursos de Netzahualcóyotl, como iguales, no por cierto.
Esto por lo de Texcoco en corte, que entonces excedía á Mé-
xico en población y además contaba con los auxilios de Tex-
cala, Huexotzinco, Tepeaca, Chalco, Guantimichán y Huexotla,
con multitud de efectos de muchas partes, que le proporcio-
naban auxilios de toda especie. Con que há aqui que justifi-
camos lo que se ha dicho que los Mexicanos fueron protegidos por
dicho principio, y no al revés. Veremos demostrada esta ver-
dad cuando léamos en la historia que la triple alianza fué obra
suya, que él por sí sola sus fuerzas conquistó á los Xochimil-
cas, y al ser aliados á las insinuaciones del Senado de Méxi-
co y de su Rey Ixcóatl para dividir con los Mexicanos lo
que se conquistase cuando trató de rebobrar su reino, y po-
ner término á la guerra, fué él por impulso de la gratitud
que debía á los Mexicanos que lo auxiliaron durante su perse-
cucion de Mexla, á cediendo á las circunstancias de no ter-
nar algun día á los mismos Mexicanos de enemigos, excita-
dos por la ambicion de su Rey Ixcóatl, que asistió y avió
por este de gran ojo en excitacion y engrandecimiento, y pro-
curó tomar la ocasion por los capellos para conquistar en
impetu. Espeto que el curso de la Historia há de ver á sus
lectores la excelencia de estas observaciones.



1
Este metal, no es debido á extracción de las minas, sino que
W. con pocas caídas de las riquezas, y no pocas horas
cuando estas se han de extraer, y no pocas horas
Y así, en una ciudad donde se ha de extraer, y no pocas horas
ciones de una sociedad que se ha de extraer, y no pocas horas
de á mi misma, y no pocas horas, y no pocas horas
los dones en tierra, y no pocas horas, y no pocas horas
van los efectos de la naturaleza, y no pocas horas, y no pocas horas
sus conceptos, y no pocas horas, y no pocas horas
para los mexicanos de la naturaleza, y no pocas horas, y no pocas horas
recomendados, y no pocas horas, y no pocas horas
y no pocas horas, y no pocas horas, y no pocas horas

MAÑANAS DE LA ALAMEDA

DE

MÉXICO.

TOMO II.

CONVERSACION PRIMERA.

Myladi, y Mr. Jorge. Hémos aquí, amada Señorita, buenos y sanos, y con el gusto de ver á V. robusta y en este ameno lugar donde tuvo principio nuestra amistad y cariño, por lo que me es muy mas apreciable que por las bellezas que en ella ha prodigado la naturaleza. Descábamoslo tanto, como el regresar al pais donde vimos la primera luz.

Doña Margarita. La ausencia de W. se ha hecho demasiado larga. Todas las mañanas venia á ocupar este mismo asiento: al divisarlo buscaban ansiosamente mis ojos á W., creía verlos, oírlos, y sentia lo que no pueden explicar los amantes ausentes, que conservan la memoria de lo que aman con dulces ilusiones; pero quitémonos de cumplimientos. ¿Qué les ha parecido á W. Zacatecas? ¿Qué juicio han formado de aquella ciudad, de sus habitantes, y riqueza de sus minas?

Myladi. No me es posible explicar lo que he sentido: en breve diré á V. que es pais de mucha riqueza, y mucho mayor sería si abundara el azogue que hoy en dia está á precio muy alto, y no costea el beneficio de muchos metales que por falta de este ingrediente están arruñados en los terrenos: no sé como es que teniendo W. muchísimas minas de

este metal, no se dedican á extraerlo de sus minas, y lo compran á mis paisanos que monopolizan con él, revendiéndoles el que compran de primera mano á los españoles.... W. son pobres en medio de las riquezas, y no tienen dinero cuando pisan sobre un pavimento de oro y plata. Diré tambien que he conocido allí la *omnipotencia* del dinero, pues que sus habitantes han trocado un lugar peñascoso, árido y frio, en una ciudad donde se disfrutan todas las satisfacciones de una sociedad regularizada. Mil veces me preguntaba á mí misma, ¿cómo es que en estos mismos cerros pelados donde en tiempos atrás se anidaban las fieras, hoy se gozan los encantos de la música, el entendimiento desarrolla sus conceptos sublimes, y se trazan tantos planes de felicidad para los moradores de esta region? ¿Quién ha producido esta metamorfosis? Mas luego oía en el fondo de mi corazón esta única, pero muy enérgica palabra, que decía.... *El dinero...* *el dinero*, y siempre *el dinero*: hé aquí sus maravillas, porque amiguita.... *Después de Dios Omnipotente, el dinero es su teniente*. Allí ví una moneda construida en 1810, en cuyo anverso estaba grabada la Bufa ó cerro principal de Zacatecas, y ví unas letras iniciales que eran L. V. O. no faltó quien me explicase su sentido.... *Todo lo vence el trabajo* (*), hé aquí sus maravillas. Dijéronme que este era el blason de aquella ciudad, concedido á Zacatecas por el gobierno español.... á fé dije, para mí, que esto es exácto, porque sin un ímprobo trabajo no pudiera aquí haberse construido esta ciudad entre peñascos, ni levantadosse algunos bellos edificios que la adornan. Por lo que toca á sus gentes, digo que les he debido muchas consideraciones: son hospitalarias, generosas, dulces y afables; en fin, son Mexicanas, y esto basta para dar idea de que tienen virtudes; solo sí hallé un contraste espantoso entre las gentes principales y de mediana esfera, con la gente minera que es dura y terrible, como que está familiarizada con multitud de peligros en el laborio de las minas, en que á cada paso puede decirse que desafian á la muerte. Bajé á una mina y temblé al ver aquellas regiones subterráneas, imágen del infierno: ví la dificultad que hay de sacar la plata, y me admiré de que haya tantos prodigios de este precioso metal; entonces bendije las labores pacíficas de la agricultura que proporcionan al hombre su bien estar, sin exponerse á peligros de la vida. Mi estado allí me proporcionó algunas satisfacciones que habrían sido mayores si V. nos hubiese acompañado, porque el

(*) *Labor vincit omnia.*

hueco que V. dejó en mi corazón, solo con V. se habría llenado.

Doña Margarita. Gracias por todo; sepa V. que está correspondida, y que nada nos vamos á deber la una á la otra.

Myladi. Tengo presente que en nuestra última conversacion dejamos á *Netzahualcóyotl* campado en las inmediaciones de Tlaxcala, esperando la reunion de tropas que debia hacerse en aquel punto para venir á recobrar su imperio.

Doña Margarita. Alabo la memoria de V.: puntualmente ahí quedamos cuando V. me dió el trompetazo del juicio anunciándome su viaje. Muy bien; mas será preciso que por ahora dejemos allí á nuestro príncipe, pero no penando, ni haciendo penitencia como los caballeros *Tecuhtlis*, ni sufriendo empellones para probar su constancia y valor, sino formando planes alegres, para hacer la felicidad de los Texcocanos, después de restablecido en su trono. Demos entretanto un vistazo sobre lo que pasaba en México después de muerto en una prision el desgraciado Chimalpopoca, y lo mismo en Tlatelolco.

Myladi. Me parece muy bien, para seguir el hilo de la historia.

Doña Margarita. Grande fué la consternacion que causó en México y Tlatelolco la muerte de sus reyes, y tanto el terror y espanto que concibieron ambos pueblos del tirano *Maxtla*, que no solo no se abstuvieron de moverse contra él, pero ni aun á hablar de elegir un Rey considerandose de todo punto subyugados al de Atzacotzalco, y esclavos de los Tecpanecas. Por otra parte, *Maxtla* con la fuga de *Netzahualcóyotl*, y noticias exáctas que ya tenia de que no solo le favorecian los príncipes de mas allá de los montes, sino muchos de lo interior, estaba sobrecogido de temor, y ocupado su pensamiento en este negocio; todo su anhelo era haberlo á las manos vivo ó muerto, para sacudirse de este gran cuidado.

Viendo, pues, los ancianos que componian el senado de México tan ofuscado á *Maxtla* en tal asunto, creyeron que esta era la coyuntura mas favorable de volver sobre sí, y restaurar su libertad, eligiendo un nuevo Rey que fuese el centro de su union. Juntáronse para esto todos los que formaban aquel cuerpo; tomó uno de ellos la palabra exhortando á los demás á no pasar el tiempo en inútiles cuestiones y disputas, ni en querer satisfacer cada cual sus propios intereses y pasiones, sino que unidos al único objeto, que era mirar por el bien del estado, pudiesen sus ojos en un caudillo que por su prudencia, sabiduria y valor, pudiera defenderlo de tamaños peligros, y restablecer la nacion á su esplendor. *Izcóatl* reunia tan bellas par-

tes, por lo que era mirado con respeto superior. Era hermano bastardo de los dos reyes anteriores, hijo segundo de *Acamapichuli*, habido en una esclava suya aunque de noble extrínseca, no era viejo, pues se acercaba á los cincuenta años, y los Mexicanos tenían bien experimentada su prudencia y valor: habíase ejercitado desde su juventud en el manejo de las armas, y después en el mando de las tropas, siendo uno de los más famosos capitanes de su tiempo: ni estaba menos versado en la dirección del gobierno al lado de su desgraciado hermano Chimalpopoca; por tanto, todos le creyeron el más digno de ocupar el trono, y sin titubear sufragaron con sus votos á la elección. Hallábase en el mismo senado *Izcóatl*, y viéndose aclamado de todos por Monarca, aceptó la corona, y dió las gracias á los electores con expresiones propias de su cordura. Avisóse al pueblo de su elección que fué aplaudida generalmente; todos concurrieron á saludarlo Rey, y sin esperar á otro día, porque así lo exigían las circunstancias del tiempo, se celebró la jura y coronación, prestándosele el juramento de obediencia y fidelidad. Este día fausto para los Mexicanos, fué según el cómputo del Sr. Veytia, el 27 de Julio de 1427 (*).

Concluida la ceremonia, y antes de levantarse *Izcóatl* del trono en presencia de un numeroso concurso, un senador (según el mismo autor) tomó la palabra y felicitó al nuevo monarca en estos términos. „Hijo muy amado nuestro. Sea en buen hora vuestra exaltación al trono que ocuparon vuestros padres y hermanos; pero sábete que eres coadjutor de los dioses, y estás en su lugar. Por lo mismo te has de mirar mucho en tus acciones, siendo todo ojos, oídos, pies y manos para procurar el beneficio común de todos tus súbditos. Acuérdate de tus mayores para imitar sus heroicos hechos defendiendo y amparando á los tuyos, hasta dar la vida por ellos si fuere necesario. Mira á las viejas, viejos, y niños y niñas, que aquellos por su larga edad, y estos por sus pocos años, se consideran ya miserables víctimas de la soberbia Tecpaneca; siendo unos y otros incapaces de defenderse de ella, ni de huir el cuerpo á los males que se les preparan. Todos ellos están pendientes de tí, y sobre tí tienen fija su vista: en tu persona y en tu corazón han depositado, no menos que en tus manos, su esperanza. ¡Ea pues! desplegad vuestro manto para abrigar y cargar sobre vuestros hombros á los pobres

(*) *Izcóatl*, que otros dicen *Izcóahuatl*, quiere decir cabeza de culebra.

desvalidos de este pueblo: volved por el honor de vuestra patria; defended á vuestros hijos, y restaurad la gloria del nombre mexicano. No os acobarden los trabajos y penalidades que se os preparan, acordandoos de la constancia con que los sufrieron vuestros mayores, que aunque yacen sepultados só la tierra, vive aun inmortal su nombre, y no lo será menos el vuestro si supiereis imitarlos.” El P. Clavijero presenta esta arenga de felicitación en términos más sencillos, poniendo en boca del orador estas brillantes palabras, con que recuerda al nuevo soberano las obligaciones de tal. „Todos ¡ó gran Rey! dependemos de vos ahora en adelante. En vuestros hombros se apoyan los viejos, los huérfanos y las viudas. ¡Tendréis ánimo para sostener esta carga? ¡Permitireis que perezcan á manos de nuestros enemigos los niños que *gatean* por la tierra? Vamos, señor, empezad á extender vuestro manto para *cobijar* y llevar en hombros á los pobres Mexicanos, que se lisonjean con la esperanza de vivir seguros bajo la fresca sombra de vuestra benignidad.” No está menos hermosa la exhortación que un senador hizo á sus compañeros para la elección de monarca. „Os ha faltado, nobles Mexicanos, con la muerte de vuestro Rey la luz de vuestros ojos; pero conservais la del entendimiento para elegirle un nuevo sucesor. No se acabó en Chimalpopoca la nobleza mexicana: quedan aun algunos príncipes excelentes, sus hermanos, entre los cuales podeis escojer un Señor que os rija, y un Padre que os favorezca. Figuraos que se ha eclipsado el sol, y se ha obscurecido la tierra por algunos días, y que ahora renace la luz con un nuevo Rey. Lo que importa es, que sin detenernos en largas conferencias, elijamos un monarca que restablezca el honor de nuestra nación, que venga las afrentas que ha recibido, y la restituya á su primitiva libertad.”

D. Jorge. Ambas arengas me parecen bellas; mas yo querría saber, supuesto que una y otra explican ó refieren unos mismos hechos, ¡á cuál dá V. la preferencia? y esto sea dicho por digresión.

Doña Margarita. Es difícil la respuesta. Yo preferiré siempre y tendré por más originales aquellas que sean más conformes con el estilo de las que nos dejó traducidas del Mexicano el P. Sahágun, que trató de la elocuencia de los Mexicanos en uno de los libros de su apreciable historia. Tenían estos oradores un modo de decir que no puede contra hacerse, por ejemplo, las comparaciones con la pluma rica, con la joya preciosa &c. Cuando hablaban á sus príncipes, lo hacían con cierta libertad, y en tono de darles consejos, y de ello

no se ofendian, y así es que en concurrencia de varios oradores que traten de un mismo asunto, siempre preferiré las que estén formadas por las del tipo (digámoslo así) del P. Sahágun, que supo á maravilla la lengua Mexicana cuando se hablaba en su pureza, y sobre la que escribió un Calepino de que hoy carecemos, y no llegó á imprimirse. En cuanto á razonamientos de esta especie, cada escritor forma los suyos; ¡cuántos no hizo Soliz, que aunque llenos de *elegancia* fueron formados en su imaginación alegre! En la historia de la Conquista no tengo yo por originales mas que los que hizo Cortés á sus soldados acobardados en Tlaxcala, cuando querían abandonar la empresa: allí se vé el lenguaje de un soldado que anima á los suyos moviéndolos por el resorte de la codicia, fama y honra, que era la cualidad característica de aquel siglo caballeresco.

D. Jorge. Paréceme exácto ese criterio. Siga V. adelante que la oímos con complacencia.

Doña Margarita. Izcóatl respondió. „Mucho gusto he tenido en oír vuestro razonamiento.... ¡Ojalá se impriman en mi corazón vuestros cuerdos consejos! (*) para saber cumplir con las obligaciones que me habeis impuesto, y corresponder á la confianza y amor de mis súbditos. Por mi parte estoy pronto á no perder tiempo ni fatigas, siendo en todo el primero que anime á los demás con mi ejemplo; pero para lograr el fin, es necesario tambien que todos contribuyan y me ayuden unos con las obras, y otros con los consejos, y que reunidos todos con el doble vínculo de la fidelidad y obediencia, sea nuestra nación un cuerpo con muchas manos, pero con un solo corazón.”

Pasó luego Izcóatl al templo de Huitzilopuchtli á dar gracias á el Dios de la guerra de los Mexicanos, á cuya puerta le recibió el gran sacerdote, y le hizo otro semejante razonamiento, exhortándolo á la defensa del Teócalli (ó casa de Dios) y á la de sus súbditos, restaurando el lustre perdido de la nación mexicana. Respondióle el Rey con prudencia y cordura, manifestando celo por la religion y culto de sus dioses.

Concluido este acto religioso, volvió á juntarse el senado á presencia de Izcóatl para nombrar los embajadores que llevasen de oficio á Maxtla la noticia de la elección; y aquí de los apuros, porque todos estaban persuadidos á que los que

(*) Esta es fraseología puramente mexicana, muy usada por el P. Sahágun.

fuesen con tal embajada, serían víctimas del furor de aquel tirano, que despues de haber quitado la vida á Chimalpopoca, se habia propuesto hacer de México una provincia del imperio Tecpaneca, y lo mismo de Tlatelolco. La comisión era arriesgada, y nadie osaba ofrecerse á su desempeño. Hallábanse en el senado dos hijos del difunto Rey Huitzilhuil, á saber, Mochtezoma Ilhuicamina, que era el primogénito, y Atempanecatl, á quien despues se le dió el renombre de Tlacaeleltzin. Era este un jóven de poco mas de veinte años, de muy buen parecer, adornado de prendas naturales y morales, afable, liberal, valiente, por lo que se habia grangeado el aprecio de la nación; viendo este el miedo que habia sobrecogido á los viejos senadores para dar este paso comprometido, se levantó y les dijo.... „Padres y abuelos míos, ¡por qué os turbais! ¡qué os acongoja! Dar cuenta á Maxtla de la elección de nuestro nuevo Rey es cosa indispensable, porque de no hacerlo así, es declararnos rebeldes en un tiempo en que nos hallamos sin la prevención necesaria para resistir á su poder, si irritado por nuestro procedimiento echa sobre nosotros sus Tecpanecas. Si toda la dificultad consiste en que teneis por infalible que el que le llevare la noticia ha de perder la vida, aquí está la mía (*). ¡Para qué vivo yo en el mundo? ¡Para qué guardo la vida, si cuando se ofrece la ocasión de hacer á mi Rey y á mi patria un servicio útil, no la arriesgo por ella? Aquí me teneis, enviadme, si os parece que puedo desempeñar esta embajada, y no os dé cuidado el riesgo de mi vida, que tarde ó temprano ha de acabarse, y nunca mas bien empleada que en el servicio de mi patria; solo os ruego que si muero, cuideis de mis hijos y muger, pues soy padre y esposo. Qué os parece, señores, de este Mexicano? ¡Envidiará á ningun Griego ó Romano de los siglos heroicos! Certisimamente que no... Á tan bizarra acción, respondió Izcóatl. „Amado sobrino mío, ¡qué bien se conoce la sangre real que late en vuestras venas! vuestro nombre será inmortal en la memoria de los Mexicanos: vuestra cordura, talento y valor, muy superiores á vuestra edad, son suficientes al desempeño de esta, y mayores empresas; y así partid en buen hora, seguro de que vuestros hijos y esposa quedan á mi cargo para cuidarlos y atenderlos como á los propios míos.”

Admirados todos los senadores de tan heroica resolución, le hicieron iguales expresiones y ofertas; abrazáronle con

(*) No creo que en igual lance harían otro tanto nuestros famosos patriotas del día.... ¡No es verdad...??

ternura el Rey su tío, hermano y otros de aquellos señores, y despedido de ellos se retiró á su casa, donde se aderezó con las mejores galas y plumas que tenia, y al dia siguiente partió á ejecutar su peligrosa embajada.

Al llegar á la raya de Atzcapotzalco en el parage llamado *Xoconochpuliacac*, halló una guardia de Tecpanecas que acababa de poner el gobierno de la ciudad por la noticia que tuvo de la eleccion de *Izcóatl*, cuyo valor y pericia tenia bien conocida, y temia que obrase sobre los Tecpanecas. Diose orden á la guardia que no dejase entrar á ningun Mexicano; conoció la guardia á *Atempanecatl*, y hablandole por su nombre, le preguntó á donde iba.... A ver al emperador, respondió. Dijéronle que no podia pasar ningun Mexicano... Esa orden (respondió) no puede entenderse conmigo que vengo de embajador, y se me deben guardar los fueros de tal, y asi he de pasar á verme con el emperador. Altercaron por algun rato sobre esto, pero *Atempanecatl* con su buen estilo y sagacidad, logró al fin que le permitiesen pasar. Llegado á la presencia de *Maxtla*, le dijo: „Señor, tus *fieles amigos*, y los señores que componen el senado Mexicano, me envian á saludarte con el respeto debido á tu grandeza, y á darte cuenta de que habiendose juntado para elegir Rey de su nacion, ha salido electo *Izcóatl*, cuyas relevantes prendas tienes bien conocidas, y muy experimentado su valor, pues ha gastado toda su vida en el ejercicio de las armas, y servicio de tu padre y de tu reino, por lo que espera el senado que teniendo á bien la eleccion, te sirvas aprobarla. Lo mismo te suplica el nuevo Rey, que me manda igualmente te salude en su nombre, asegurándote de su fiel amistad, que afianzada en el vínculo de la sangre será invariable en tu servicio.”

Este fué en substancia el razonamiento de este enviado mexicano; pero adornado de tales expresiones, y proferido con tanta dulzura y elocuencia, que captando la voluntad de *Maxtla* le respondió este muy afable: „Amado sobrino. Bien quisiera yo complacer al senado Mexicano, y darle gusto en aprobar y confirmar la eleccion de *Izcóatl*; pero lo embaraza mi consejo que tiene acordado no consentir tengais en adelante reyes de vuestra nacion, sino que como tributarios del imperio seais gobernados por los ministros Tecpanecas que yo nombraré; y en el caso de no querer someteros á esto, entrar á sangre y fuego, destruyendo el reino Mexicano hasta que no quede memoria de él; y así volveos á México, dad esta respuesta á *Izcóatl* y al senado, y cuidad de vuestra persona, porque las guardias que ha puesto mi consejo tienen orden de

9
quitar la vida á los que pasen de mis fronteras.” Nada replicó á *Atempanecatl*, sino que con grande acatamiento y respeto se despidió de *Maxtla*, y regresó á México. Al llegar al destacamento, dijo al comandante de este, que iba á llevar una proposicion del Emperador al senado, y que debia volver con la respuesta, lo que prevenia para que á la vuelta no le impidiesen el paso. Creyólo así la guardia, y lo dejó pasar. Llegó á México, y encontró á *Izcóatl* reunido con el senado esperando la respuesta y resultas de su embajada, que creyeron fuese la noticia de su muerte. Al verlo vivo y sano, recibieron mucho gusto, dió cuenta de su comision, y comenzó á discutirse en el senado la resolucion que en tal caso convenia tomar. La mayor parte de los que habian sido los primeros en promover la eleccion del nuevo Monarca, intimidados ahora con las amenazas de *Maxtla*, formidaron, y pensaron que se cediese á la fuerza, y sujetarse al yugo de la servidumbre, hasta que con el tiempo pudiesen sacudirlo. Pero el valiente *Izcóatl* se opuso con ardor á tan ruin pensamiento, y levantando en su favor la voz toda la gente jóven, se declaró abiertamente contra el dictámen del senado; ofreciendose á tomar las armas en defensa de la independenciam y libertad de su Rey, pues mas bien querian morir en la demanda, que vivir esclavos de los Tecpanecas. Disputóse largo rato entre ambos partidos, y viendo los ancianos que no podian contrarestar á los jóvenes, animados por el Rey, tomaron un prudente partido, y fué decirles. „Nuestro dictámen de ceder ahora á la fuerza y sujetarnos á voluntad de los Tecpanecas, no mira tanto á nuestro bien como al vuestro, porque nuestra edad nos tiene exéntos del manejo de las armas: vosotros sois los que habeis de pelear, y no siendo vuestro número suficiente á contrarestar el de vuestros enemigos, vosotros sufrireis el extrago, y una vez vencidos, vuestros hijos y mugeres quedarán esclavos de los vencedores; por esto no queriamos obligaros á sacrificar vuestras vidas, ni exponer la persona del Rey, ni su honor, hasta que con auxilio de otros príncipes se pusiese en estado de superar á los enemigos, y restaurar nuestra libertad; pero si estais resueltos á defenderla, desde luego nos holgamos mucho de ello, porque lo haceis de vuestra voluntad, y nunca nos culpateis de la resolucion; y para que veais cuanto nos agrada la vuestra, el senado ofrece premiar el mérito de los que mas se distinguen en la guerra; de suerte, que al plebeyo lo inscribirá entre los nobles, al noble lo hará *Tecuhctli*, y al que lo fuese le dará otras dignidades y honores, á proporcion de su mérito.

Concede igualmente la propiedad de los enemigos que

se hicieren esclavos á los que los tomasen; y los que por voluntad de sus señores quedasen vivos, serán sus tributarios, imponiéndoles los pechos que quisiesen en favor suyo, y de sus descendientes para siempre. Finalmente, á todos los que peleasen con valor se les permitirá tener cuantas mugeres quisieren, y pudiesen mantener. El Rey entonces dirigió una exhortación á los jóvenes para que llevasen á cabo su resolución, prometiendo ser el primero en darles ejemplo hasta morir ó vencer, y ofreció tambien por su parte premiar á los que mas se distinguiesen. Resuelta de este modo la guerra, faltaba que dar el último y difícil paso, que era intimarsela á Maxtla, con las ceremonias establecidas en la política militar de los Mexicanos, el que lo osase hacer llevaba segura la muerte; sin embargo, *Atempanecatll* se decidió á consumir el sacrificio de su vida: llamólo entonces *Izcóatl*, llevólo á su palacio, y le dió un penacho de ricas plumas, una rodela, una flecha, y un vaso con cierto barniz compuesto de albayalde, especie de tierra blanca llamada *Tezatl*, ó *Tizatl* y aceite de chian, menjurge con que acostumbraban embijarse el cuerpo cuando salían á campaña, para que lo llevase todo á Maxtla (*). Partió luego *Atempanecatll*, y logró pasar sin obstáculo por las guardias del destacamento, en virtud de la prevencion que les habia hecho de que volveria: presentóse á Maxtla, y le habló en estos términos, y con el laconismo de un jóven guerrero decidido á morir. „Muy grande y poderoso señor. Cumpliendo como criado tuyo tus órdenes volví á México, y di tu respuesta al Senado, que se contristó mucho al oirla, viendose en la precision de tomar las armas para defender su libertad y fueros, y me manda volver á hacerte saber como te declara la guerra, y que vendrán luego sus tropas á destruir tu reino. El Rey me manda decirte, que aunque siente tomar contra tí las armas, no puede dejar de amparar á sus Mexicanos, ni abandonar la corona que han puesto en sus sienes. Te envia pues este penacho, rodela y flecha con que te armes para salir á campaña, y este barniz para que te embijes, no sea que digas que te cogió á traicion y desprevenido. Mucho estimo (respondió Maxtla) á Izcóatl su regalo, y le tomo en mis manos, y en tu presencia unto mis carnes con este barniz para salir á campaña aceptando la guerra, y antes de

(*) Los Apaches y demás naciones bárbaras se embijan aun con vermellón, con dos objetos, con el de parecer formidables á sus enemigos, y porque dicen que este menjurge los refresca y no los deja sentir el ardor del sol. Tal vez este seria el motivo de embijarse los Mexicanos en campaña.

que vengan los Mexicanos á mis tierras, irán á buscarlos mis Tecpanecas á las suyas.... pero no sé si podrás volver á tu casa á dar cuenta de esta comision.... Poco importa que yo no vuelva (respondió *Atempanecatll*), bástame haber cumplido como debo, intimandote la guerra, que es á lo que he venido. Desde la vez pasada que llegué á tu presencia con la embajada de la eleccion de *Izcóatl*, vine persuadido á que no volveria, porque luego que la oyeras me mandarias quitar la vida; tu gran bondad me la perdonó, y así esto poco mas que la he gozado, á tí te la debo, y así si ahora quieres quitarmela, tuya es, y harás lo que gustes.... No, valiente *Atempanecatll* (dijo Maxtla), no te la quitaré, que es lástima que tanto brio se malogre en tan pocos años; pero procura salvarte de la guardia de las fronteras que tienen orden del senado de quitartela si vuelves por ellas, y por si logras pasar, lleva este morrion, rodela y macana que darás á tu Rey en mi nombre, y para tí esta manta fina con que te adornes. Recibió las prendas de Maxtla, y despidiendose de él con mucho respeto, se volvió á México. Era ya bien entrada la noche y muy obscura, cuando llegó *Atempanecatll* á la guardia. En este paraje habia un gran paredon que servia á los Tecpanecas de muralla, y tenia un ahujero. Al abrigo pues de la obscuridad, intentó el enviado pasar por él; pero sintiendolo las centinelas gritaron á la guardia, y esta cargó sobre él: defendióse valerosamente de los que le acometieron, y valiendose de su agilidad y de la obscuridad de la noche, logró escapar de sus manos embarcandose en una canoa que habia dejado oculta en un ancon ó caleta de la laguna en que se embarcó para México.

Increible se hacia á los Mexicanos verlo vivo, y el regocijo que esto les causó fué general en todos. Dió cuenta al Rey de su comision, entregándole el morrion, rodela y macana, en prueba de la verdad de cuanto decia que le habia pasado: alegróse mucho el Monarca, y lo estrechó en sus brazos aplaudiendo altamente su valor, y desde entonces se le dió el nombre de *Tlacauleltzin*, que tanto quiere decir como *hombre de hígados y esforzado*, y con este le nombran en lo sucesivo los historiadores, y yo tambien lo nombraré para quitar confusiones y equívocos. *Izcóatl* dictó todas las providencias necesarias para la defensa de esta capital, que en breve mostró la experiencia la necesidad de adoptarlas. Los Tlatelolcas, animados con el ejemplo de los Mexicanos, determinaron tambien elegir un nuevo Rey, y reunidos al efecto nombraron á *Quauhtlohuatzin*, que no era de sangre real, pero sí de las mas ilustres familias del reino, y uno de sus mejores capitanes que habian

acreditado su valor con hechos muy señalados; mas su fama era inferior á la de *Izcóatl*, y le miraba con cierta emulacion. Habia servido al imperio *Tecpaneca* y era adicto á sus intereses, por lo que *Maxtla* no tuvo de él los recelos que de *Izcóatl*; sin embargo desaprobó su eleccion, porque habia resuelto reducir á vasallage á los Tlatelolcas y Mexicanos, incorporandolos á su corona. Ignórase el dia de su eleccion, mas parece que fué dos despues de la de los Mexicanos. Hallóse el Tlatelolca en grave compromiso, porque teniendo que tomar las armas contra *Maxtla* necesitaba ligarse con *Izcóatl*, cuyo respeto superior debia ofuscar sus glorias, y era indispensable cederle el mando todo, y él no temia menos el poder de *Maxtla*, que el valor y orgullo de *Izcóatl*, y su gloria le inspiraba recelos si quedaba victorioso; pero el lance era apurado, encorvóse con su suerte, plegóse á las circunstancias del momento, y determinó enviarle luego mensageros, ofreciendole su persona y las de sus súbditos, para que ambos hiciesen causa comun; á tales transacciones obliga la necesidad. Aceptó *Izcóatl* su oferta, y le mandó decir que cuidase mucho sus fronteras, sin permitir que sus tropas hiciesen la menor agresion sobre los Tecpanecas, pues convenia mantenerse sobre la defensiva, y prontos ambos á repeler cualesquier ataque, en el concepto de que él obraria del mismo modo, hasta que recibiendo auxilios exteriores pudiesen llevar la guerra al país enemigo. Así lo hicieron, y muy cuerdatamente, porque al cuarto dia de la eleccion de los Mexicanos, hé aquí los Tecpanecas con un grande ejército, conducido en un crecidísimo número de canoas. Embistió primero á los Tlatelolcas, y rechazados allí intentaron invadir á los Mexicanos; pero encontraron en estos tan fuerte oposicion, que hubieron de retirarse con bastante pérdida. Decidieron entonces los Tecpanecas á sitiar ambas ciudades, acordonando sus canoas en toda la circunferencia de ellas, para ponerlas un riguroso sitio, y que no pudiesen ser socorridos de sus inmediaciones. Continuaron diariamente los ataques, poniendolos en el mayor conflicto, hasta que vino *Netzahualcóyotl* con un poderoso ejército á hacerles levantar el sitio.

Myladi. Bendito sea Dios que ya se presenta en campaña este hombre extraordinario: ¡cuanto deseo tengo de verlo humillar á sus enemigos!

Doña Margarita. V. lo logrará al fin, pero teniendo una poca de paciencia. Por ahora, V. como señora reflexiva, fíjese en las grandes ideas políticas que naturalmente ministran los hechos referidos, y que yo querria que no perdiesen de vista nuestros gobernantes. *Maxtla*, con un golpe de mano, logró hu-

millar á estos pueblos quitándoles sus Monarcas; por un momento los aturrulló, pero recobrados del susto, movidos del despecho é irritados, volvieron sobre sí, conocieron su posicion y el gran secreto de sus fuerzas que hasta entonces ignoraban, y de humillados y vencidos, sojuzgaron al que los habia cubierto de vilipendio. Esta es la marcha que en iguales circunstancias siguen todos los pueblos del mundo. ¿De qué sirvió á Napoleon ocupar pérfidamente las principales fortalezas de España, é introducir en su seno huestes numerosas y aguerridas, y sacar á sus Reyes cautivos para Francia? De nada; porque el pueblo español, irritado, dió la voz de alarma; sus ejércitos, dispersos en los primeros combates como tímidas palomas, formaron su aprendizaje en esta campaña; tuvieron por entonces por maestros en el arte de la guerra, á los franceses, y sus gefes en cada derrota podian decir como Pedro el Grande cuando lo destrozaba Carlos XII de Suecia.... Ah! ¡ellos nos enseñan á vencerlos! ¿De qué sirvieron sus triunfos á los Españoles en esta América desde el año de 1810 hasta 1821? De nada: siete meses de un paseo militar, hecho por el general Iturbide, bastaron para consumir la obra de la independenciam: él lo consiguió con el auxilio de aquellas mismas tropas que nos habian sojuzgado casi de todo punto.... Guardense mucho los que nos gobiernan, de dar esos golpes terribles que por lo pronto acobardan á los pueblos, y teman su reaccion. Este es el fruto que debemos sacar de cuanto os he referido, y que confirmareis, señores, con lo que sabreis mañana en mi boca, si teneis la bondad de escucharme. A Dios.

CONVERSACION SEGUNDA.

Myladi. ¡Con que tenemos ya en campaña á *Netzahualcóyotl*! deseo verlo batirse con el auxilio de los Tlaxcaltecas, pues hasta ahora solo lo hé visto escapandose de la muerte, y frustrando todas las intenciones de *Tezozomóc* y *Maxtla* contra su vida.

Doña Margarita. Esa inquietud, señora, es muy justa; pero